

Por medio de una conducta tan blanda, la juventud se vuelve licenciada: ya no hay silencio, ni trabajo, ni lecturas que se hagan

gran sacerdote Helí lo hacia de este modo con sus dos hijos: *¿Por qué teneis*, les decia él, *una conducta tan poco digna del ministerio que ejercéis? Dais lugar á mil rumores desagradables que son en daño vuestro: corregios, hijos míos.* Este celo, loable en cierto modo, pero muy débil y muy blando, no le dió ningun buen resultado: debia, segun la ley, acusar á los culpables ante los jueces, y proseguir su condenacion: no lo hizo, y este fué su crimen, que costó la vida á él, á sus hijos, y á cuatro mil hombres del pueblo, que cayeron bajo la cuchilla de los Filisteos. *¿Por qué esta severidad de Dios?* Porque Helí no habia sido bastante severo para con aquellos á quienes debia corregir en calidad de padre y de pontífice.

La dulzura sola no es, pues, suficiente en una maestra; debe estar acompañada de una sábia firmeza.

ARTICULO QUINTO.

De la prudencia necesaria á una maestra de novicias.

Hay dos especies de prudencia: la una falsa, que la Escritura llama *prudencia de la carne*, ó *prudencia del siglo*; la otra verda-

La prudencia debe servir á las maestras para usar y utilizar todas las cualidades propias de su empleo, guiarlas en el ejercicio de la caridad, de la dulzura y de la firmeza: de-

dera, que es la que Jesucristo recomienda bajo el nombre de *prudencia de la serpiente*. La primera debe evitarse como un vicio reprobado por Dios; porque, aunque corresponda á sus fines y dé algun buen resultado, no es sino por senderos torcidos y medios poco legítimos: á esta prudencia se le llama astucia, artificio, política, ó mas bien, lo que podria llamarse duplicidad, bribonada, mala fé: esta prudencia, dice la Escritura, *es enemiga de Dios, porque se sustrae á la ley, y solo enseña á hacer el mal.*

La verdadera prudencia es muy distinta, dice el padre Beaufils; la sencillez de la paloma le acompaña siempre, pero sin degradarla ó debilitarla, pues Jesucristo quiere que no se separe jamás la una de la otra. Esta prudencia no es otra cosa, segun San Basilio, que un esacto conocimiento de lo que importa hacer ó no hacer; á lo que añade Santo Tomás, la docilidad para aprovechar las luces de la gracia; la destreza para facilitar la ejecucion de lo que se ha proyectado; el arte de razonar con esactitud para libertarse de los errores en que se pudiera incurrir; la circunspeccion para ecsaminar un proyecto antes de darle su última forma; la precaucion para

Por medio de una conducta tan blanda, la juventud se vuelve licenciosa: ya no hay silencio, ni trabajo, ni lecturas que se hagan

vencer los obstáculos y evitar los peligros que se pudieran presentar. Esta clase de prudencia es tan necesaria en el gobierno de un noviciado, como en el gobierno civil y político. Ella es la virtud propia de las maestras; si les falta, las otras no pueden reemplazarla. Serán, si se quiere, celosas, caritativas, humildes; tendrán cuanto se necesita para ser unas santas; pero sin la prudencia serán ineptas para gobernar; y por santas que sean, siempre serán unas malas maestras; buenas para sí y no para las demás; y sin embargo, para éstas han sido establecidas.

Sí, la prudencia es de una necesidad absoluta para las maestras, y deben estar provistas de esta virtud con tal abundancia, que tengan para ellas y para las inferiores: en efecto, como no es permitido á éstas manejarse por sí mismas, y su deber es obedecer ciegamente, es preciso, por una consecuencia, necesaria que las que las gobiernan sean instruidas para sí mismas, y para las que están confiadas á sus cuidados; de otra manera, estarán espuestas unas y otras, á dar pasos muy falsos, y verificarán la palabra del Salvador: *si un ciego lleva á otro ciego, caerán los dos en el abismo.*

La prudencia debe servir á las maestras para usar y utilizar todas las cualidades propias de su empleo, guiarlas en el ejercicio de la caridad, de la dulzura y de la firmeza: debe prescribir reglas de moderacion á su vigilancia, templar su celo, dulcificar sus correcciones, hacer eficaz su firmeza; en una palabra, marcar ese justo medio en que reside la verdadera sabiduría, el cual, por no ser bastante conocido, hace frecuentemente que las virtudes degeneren en vicios. La prudencia debe sugerir las sábias escepciones, que es necesario dar algunas veces á las reglas generales; debe distinguir en la ley, el espíritu que vivifica, de la letra que mata; enseña á conciliar las cosas que parecen opuestas, como la indulgencia con la severidad, la benevolencia con el rigor, la sencillez con la desconfianza, la diligencia con la lentitud. Ella es la que debe equilibrar los intereses de Dios con los intereses humanos, poniéndolos acordes en cuanto sea posible; vencer la incompatibilidad que parece ecsistir entre deberes opuestos; allanar las dificultades, quitar los embarazos, y para lograr el bien, ser fértil en expedientes y en santas y piadosas industrias. Con ella se posée el discernimiento de los es-

5.º Consultar los ejemplos pasados, buenos y malos. El hombre no se instruye perfectamente sino por la imitacion, que es un medio

píritus, para insinuarse en los corazones, para diversificar la conducta que se ha de observar, según la variedad de los caracteres y temperamentos. Ella, en los proyectos que se forman, debe dirigir sus miras al porvenir, para prever lo que puede sernos útil ó nocivo; y comparando las ventajas con los inconvenientes, determinarse sobre lo que hay que esperar ó que temer. En una palabra, es necesario que la prudencia sea la alma del gobierno y la antorcha de toda la conducta de una maestra, si no quiere esponerse á que cuantos pasos dé, sean otros tantos estravíos.

Pero ¿cómo adquirir esta prudencia tan preciosa, si no se ha recibido de la naturaleza? Se dice que la dan la edad y la esperiencia; pero viene muy tarde para las que tanto la necesitan antes de la vejez, y cuesta muy caro á las que no pueden obtenerla, sino á fuerza de errores y de faltas, que han sido efecto de su incapacidad. Es necesario, pues, para esto, dirigirse al Padre de las luces, y seguir el consejo del apóstol Santiago: *Si alguno necesita de sabiduría, que la pida á Dios, que á todos da con abundancia.* Se le debe decir, con Salomon: *Enviadme, Señor, esa sabiduría, desde lo alto de los cielos y*

muy falsos, y verificarán la palabra del Salvador: *si un ciego lleva á otro ciego, caerán los dos en el abismo.*

desde el trono de vuestra grandeza, á fin de que me acompañe por todas partes y trabaje conmigo. Ella sabe todo, y me enseñará lo que os agrada; me guiará en todas mis obras, y haciéndome conducir á mi pueblo con justicia, me hará digno del puesto á que me habeis elevado.

Todas las maestras, con poca diferencia, casi tienen lo que se necesita para ser prudentes y discretas, con tal que sepan no pervertir el uso de las luces que han recibido de la naturaleza y de la gracia. No se trata de tener un genio eminente, ni una profunda doctrina. ¡Cuántas personas se han visto que gobiernan muy sábiamente, aunque muy limitadas en el talento y en el saber! Que conocen las cosas mas comunes, forman de ellas un juicio sano; que poseen en un grado mediano el arte de razonar, uniendo á esto el uso de ciertos medios que vamos á pormenorizar; esta es la verdadera prudencia. Y los medios son estos:

1.º Conocerse á sí mismo, y saber con exactitud el alcance de sus luces y la estension de sus fuerzas, para no emprender nada con temeridad, y para adquirir aquella loable desconfianza que nos hace medir nuestros pa-

5.º Consultar los ejemplos pasados, buenos y malos. El hombre no se instruye perfectamente sino por la imitacion, que es un medio

sos y proporcionar nuestros proyectos á nuestra capacidad.

2.º Reflecsionar mucho tiempo sobre la materia de nuestras deliberaciones, sobre todo, si son importantes. La verdad se hace á veces buscar largo tiempo; no consiste sino en un punto indivisible, que es necesario acertar despues de haberle descubierto al traves de mil apariencias falsas. Es necesario darse lugar para esto, y dejar madurar la determinacion; presumir demasiado de nuestras propias luces, y precipitar nuestro juicio, es un doble origen de error.

3.º Así como hay máximas de sabiduría que una maestra nunca debe perder de vista, hay preocupaciones de que debe siempre desconfiar. Se llaman así, las opiniones que no tienen mas garantía que una multitud ignorante é inconsiderada. Por ejemplo, los juicios que se forman sobre las personas antes de conocerlas bien; la estimacion y el desprecio, que solo están fundados sobre apariencias, las mas veces engañosoras; las relaciones ó historias que no tienen sino autores inciertos; las costumbres abusivas á que el tiempo ha dado fuerza de ley; la facilidad en confundir lo que es permitido, de lo que es to-

muy falsos, y verificarán la palabra del Salvador: *si un ciego lleva á otro ciego, caerán los dos en el abismo.*

serve mas defectos, mas miseria y debilidad: son ovejas descarriadas, en cuyo seguimiento debe correr como el buen pastor, y esforzarse

lerado; el peso que se da á algunas decisiones, sin ecsaminar las autoridades. He aquí una parte de esas preocupaciones contra las cuales una maestra debe siempre estar alerta; porque la prudencia no admite por verdadero, sino lo que ha sometido al ecsámen, y nunca edifica sobre cimientos ruinosos.

4.º Nada hay que pervierta tanto nuestro juicio, y nos esponga á tantas imprudencias, como el interes propio y la pasion. Para ser perfectamente sábio, seria menester estar esceto de uno y de otro; pero este es un privilegio superior á la humanidad. Una maestra debe aplicarse á no escucharlos, y á desechar sus pérfidos consejos, cuando tenga que tomar algun partido; ó mas bien, no debe tomar ninguno, si no siente su corazon enteramente libre de todo movimiento capaz de hacer inclinar la balanza. La pasion es un guia ciego, ó que solo tiene ojos para ver lo que puede satisfacerle. La razon es la única que debe determinar nuestras acciones; cuando toma parte el corazon, debe dejarse dirigir por ella.

5.º Consultar los ejemplos pasados, buenos y malos. El hombre no se instruye perfectamente sino por la imitacion, que es un medio

sos y proporcionar nuestros proyectos á nuestra capacidad.

2.º Reflexionar mucho tiempo sobre la

de aprender, mas corto y eficaz que el de la docilidad á los preceptos; pues lo que solo hie-re el oido hace mucha menos impresion que lo que ven los ojos. Las maestras deben re-cordar á menudo la conducta de las personas que han vista sobresalir en el arte de gober-nar, estudiar con cuidado su modo de mane-jarse, sus máximas, su método, y tratar de imitarlas.

6.º No refinarse en materia de prudencia. No tomar por modelo esos espíritus singula-res que se creen discretos, formándose una sa-biduría aparte, que en nada se parece á la de los demás; estos inventores de sistemas, que *se envanecen en sus pensamientos*; que hu-yendo siempre de los senderos conocidos, solo hacen caso de los conocimientos difíciles de adquirir, aunque no sean siempre los mas se-guros, y que á fuerza de cavilar, de sutilizar y apartarse de todo lo que es vulgar, caen fre-cuentemente en quimeras. La sabiduría se encuentra en el modo de juzgar del mayor número de los hombres; en las ideas comu-nes, en los principios de lo que se llama buen sentido: porque la prudencia no varia como las modas; es de todos los paises; se la encuen-tra en todas las naciones; es la misma en to-dos los tiempos.

serve mas defectos, mas miseria y debilidad: son ovejas descarriadas, en cuyo seguimiento debe correr como el buen pastor, y esforzarse

7.º Aprovechar las luces de los otros, y no hacer nada importante sin consejo: esto nos lo dice el Espíritu Santo, y es tambien el me-dio de evitar tristes arrepentimientos. Mu-chas velas, alumbran mejor que una sola. Si un negocio puede considerarse por diversos lados, por uno se verá lo que no se percibia por otro. Es presumir demasiado de nuestra habilidad, creer que no necesitamos que na-die nos ayude. Cuántas veces una persona poco instruida da buenos consejos, porque la casualidad le hace encontrar lo que se escapa á las mas hábiles pesquisas.

ARTICULO SESTO.

De la imparcialidad necesaria á una maestra de novicias.

Nada mas variado entre las jóvenes que se presentan en las comunidades para hacer sus pruebas, que los dones de la naturaleza res-pecto del espíritu y del cuerpo. La natura-leza ha sido pródiga con unas, reservada con otras, avara con muchas á quienes pa-rece haber hecho desgraciadas. Además, no todas tienen un origen igualmente eleva-do, no están, en un grado igual, provistas de los bienes de fortuna, rodeadas de recomen-

sos y proporcionar nuestros proyectos á nuestra capacidad.

2.º Reflexionar mucho tiempo sobre la

daciones igualmente poderosas. ¿Qué fuente tan fecunda de antipatías y simpatías para nuestra débil naturaleza, inclinada á admirar, á amar y favorecer lo que es bello, perfecto, elevado, y á mirar con indiferencia, despreciar, y aun aborrecer lo que es bajo, pobre, defectuoso! Si agregamos á esto la extravagancia é inconstancia de nuestros gustos y simpatías, fácilmente reconoceremos que una maestra que no consulta mas que su naturaleza viciada, y solo sigue sus inclinaciones naturales, está espuesta á caer en los mas deplorables extravíos; á hacer inútiles é infructuosos todos sus esfuerzos para formar en las virtudes religiosas á las jóvenes que se le han confiado. Si quiere producir algun bien entre estas jóvenes, debe despojarse de todas sus preocupaciones, simpatías y antipatías naturales, elevarse sobre la carne y los sentidos, no tener mas mira que Dios, á quien debe glorificar, las almas que quiere conducir á la perfeccion, sin miramiento alguno á los dones de la naturaleza, á los talentos, á la fortuna, al nacimiento, etc. Si algunas de aquellas que se les han confiado deben ser el objeto especial de su celo y de su caridad, que sean en las que ob-

serve mas defectos, mas miseria y debilidad: son ovejas descarriadas, en cuyo seguimiento debe correr como el buen pastor, y esforzarse en volver á traerlas al aprisco, y éstas le merecerán las mas brillantes coronas.

La caridad de una maestra, dice el padre Beaufils, debe ser universal é igual entre sus hijas. Nada de escepciones, ni predilecciones, ni preferencias en el ejercicio de esta virtud. Dios es el modelo y el objeto de ella. El modelo: ama todo lo que es su imágen y hechura de sus manos; sus beneficios son comunes; caen sus lluvias, y su sol brilla sobre todos indiferentemente; no tiene escepcion de personas: una maestra debe imitarle en todo esto. Es el objeto de esta caridad: la maestra debe amarle en la persona de aquellas que tienen parte en su benevolencia; sus cualidades amables ó desagradables, eso es lo que no le toca ecsaminar: ni unas ni otras son en este punto su regla, sino únicamente la voluntad de Dios; y Dios quiere ser amado en sus imágenes, que aunque defectuosas y llenas de imperfecciones, no dejan de representarle, y están destinadas á recibir en su nombre una porcion del tributo de amor que debemos á él. Así es, que Dios no hará apre-

de lo que pasa; si tienen piés, y no se dirigen á los lugares donde se necesita su presencia? No es tambien este el nombre que les da un

cio en una maestra, de una caridad que se limite á ciertas personas de entre aquellas que deben partir con igualdad su corazón; á las que tienen mérito, ingenio, talentos, brillante cuna, ú otras cualidades que las distinguen; á las que tienen buen corazón, genio condescendiente, conversacion agradable; á las de un fervor edificante, á las que una virtud consumada parece dar un derecho de preferencia sobre las demás.

¿Quién podría enumerar los desórdenes que produce esta falsa caridad? Engendra el descontento, los celos, la imparcialidad y la peligrosa murmuracion, que renueva en los claustros esa especie de escándalo que se vió en la primitiva Iglesia, cuando los griegos se quejaban de que las viudas de los judíos eran mejor tratadas que las suyas, y fué necesario toda la autoridad y prudencia de los apóstoles, para sofocar este primer gérmen de division. Las religiosas de nuestros dias, no son ciertamente mas santas que aquellos primeros cristianos; por mucha virtud que se tenga, se sufre con impaciencia la desigualdad en el reparto de los favores y de los desprecios; cada una cree valer mas que otras; si se favorece á aquella, yo creo que se me

etc. Si algunas de aquellas que se les han confiado deben ser el objeto especial de su celo y de su caridad, que sean en las que ob-

hace una injusticia; todo lo que se le da de mas, se me figura que me lo quitan. Así como á nadie se distingue en el hábito, se debe hacer en todo lo demás; y uno se imagina ver la injusticia donde no hay mas que predileccion. Por otra parte, mientras mas cuidado notamos para elevar ciertas personas, mas procuramos despreciarlas en nuestro espíritu. Es suficiente que tengais mas estimacion hácia ellas, para que yo les encuentre defectos que nunca habia echado de ver; y de aquí nacen las aversiones y las antipatías mal fundadas. De este modo son los hombres; tales son sus errores y sus debilidades. Pues bien, una caridad condescente, exige que á todos se les disimule hasta en sus extravíos.

ARTICULO SEPTIMO.

De la vigilancia que debe tener una maestra de novicias.

La vigilancia es un deber esencial en el empleo de una maestra. La maestra, dice Beaufile, debe considerarse como un centinela que guarda una plaza, y que siempre tiene los ojos abiertos, mientras que el sueño se los

de lo que pasa; si tienen piés, y no se dirigen á los lugares donde se necesita su presencia? No es tambien este el nombre que les da un

cierra á los demás, ó como un piloto que levanta continuamente la vista para consultar las estrellas, ó la baja para descubrir los escollos que pudiera encontrar en su camino; ó como un pastor que no se permite ningun reposo cuando se trata de defender su rebaño contra el furor de los lobos, y usa todas las precauciones posibles para apartar á aquel de los malos pastos. Tiene tambien en que instruirse, al ver lo que hace sobre este punto el demonio, cuya vigilancia es tan funesta, como la suya puede ser útil. Nunca nos pierde de vista, nos sigue por todas partes, y sin cesar está espiando las ocasiones de perdernos. ¡Tendrá una maestra menos celo por la salud de sus hijas, que el que tiene el demonio para perderlas? ¡Estaría ella tranquila, mientras él esta en continuo movimiento para devorar la presa que el descuido le entrega? ¡Cuántos males causa la falta de atencion de los que están encargados del cuidado de las almas! ¡Cuántas ventajas dan en esto al enemigo! ¡Podrá elegir un tiempo mas favorable para sembrar la zizaña entre el buen grano, que cuando los hombres están dormidos? Entonces es, dice San Ambrosio, cuando este astuto tentador da con seguridad su golpe,

etc. Si algunas de aquellas que se les han confiado deben ser el objeto especial de su celo y de su caridad, que sean en las que ob-

y es un motivo de alegría, lo que para la otra es de confusion. Un espíritu sólido nunca se descende á estas bajezas pueriles; observa lo que está á su alcance, y deja al acaso

protegido por nuestra confianza imprudente.

La mayor fuerza de una plaza de guerra, no es siempre la altura de sus murallas, la solidez de sus baluartes, el número y el valor de los combatientes que la defienden; es, las mas veces, la vigilancia de un gefe prudente y aplicado, que no se permite descanso, que anda por todas partes para ver si las guardias se desempeñan con cuidado, si cada uno está en su puesto, si las órdenes que da se ejecutan fielmente.

¡De qué sirve á un noviciado, estar defendido por una fortaleza, que son las reglas y constituciones; provisto de toda clase de armas, y tener, como la torre de David, escudos innumerables, quiero decir, tantas prácticas santas y medios de salud; tener por defensores unas maestras revestidas del poder de Dios y depositarias de su autoridad, si estas maestras olvidan lo que son; si se descuidan de sus funciones; si, como los ídolos de los gentiles, tienen ojos y no ven los desórdenes que se cometen; si tienen oídos, y no oyen las quejas ó consejos de las que pudieran instruir las de lo que pasa; si tienen piés, y no se dirigen á los lugares donde se necesita su presencia? No es tambien este el nombre que les da un

cierra á los demás, ó como un piloto que levanta continuamente la vista para consultar las estrellas, ó la baja para descubrir los es-

profeta: “¡Oh pastores que no sois sino ídolos que recibís el incienso y los homenajes, pero que estais sin accion, sin movimiento, sin vida!” ¿Quién pudiera decir de cuántas desgracias son responsables por esta conducta? pues es ciertísimo que son la causa de todas las que no impiden cuando pueden. Su indiferencia en impedir las faltas, es considerada como un permiso tácito de cometerlas, y se presume que aprueban todo el mal que podrian conocer, y que quieren ignorar. Sabemos que nada multiplica tanto las faltas como la impunidad, y esta es una consecuencia necesaria del defecto de vigilancia; pues mal podriamos castigar lo que dejamos que se oculte á nuestro conocimiento.

Una maestra debe, pues, velar continuamente sobre su noviciado. Debe dedicarse á conocer todo lo que pasa en él; ecsaminar con cuidado si se sirve á Dios, si las reglas se observan, si reina la paz, si se guarda el buen orden, si cada una desempeña su empleo con fidelidad y exactitud. Debe pasar de esta atencion general, á lo que concierne á cada persona en particular, á fin de poder decir como el buen pastor, que conoce todas sus ovejas. Tener constantemente los ojos abier-

y es un motivo de alegría, lo que para la otra es de confusion. Un espíritu sólido nunca se descende á estas bajezas pueriles; observa lo que está á su alcance, y deja el resto

tos sobre su conducta, estudiar sus inclinaciones, conocer sus virtudes y sus defectos, sus buenas obras y sus infidelidades, sus progresos ó su atraso en la vida espiritual; informarse de su salud, ver el uso que hace cada una de su tiempo y de sus talentos: todas estas luces son necesarias, porque no se corrige lo que es malo, no se mantiene lo que es bueno, ni se perfecciona lo que puede ser mejor, sino instruyéndose á fondo de lo que exige nuestros cuidados y debe ejercitar nuestro celo.

Pero como se necesita *ser discreta con sobriedad*, tambien es menester *ser vigilante con medida*. Una maestra debe evitar todo exceso en este punto, y no establecer en medio de su noviciado una especie de inquisicion que denote la desconfianza; por ese medio atormentaria los corazones, los tendria siempre en un disgusto continuo que no le permitira ver obrar á sus hijas con naturalidad, ni conocerlas tales cuales son. Al contrario, debe inspirarles una grande confianza, de suerte que todo lo vea sin que se conozca que ecsamina nada. Ni debe emprender saberlo y conocerlo todo; trabajaria en vano. Quanto mas empeño tenga en descubrir cuanto se

cierra á los demás, ó como un piloto que levanta continuamente la vista para consultar las estrellas, ó la baja para descubrir los es-

hace y se dice, tanto mas cuidado se tendrá en ponerle obstáculos: se estableceria un conflicto perpétuo entre ella y sus hijas, y por lo comun siempre le tocara perder. Es necesario tratar de conocerlo todo por medios sencillos, naturales, que no se aparten del espíritu de rectitud, desconfiando de la delacion que es un origen de odio y de discordia entre las hermanas. Además, muchas no necesitan de un cuidado tan activo; su virtud debe ponerlas á cubierto de toda pesquisa que inspire la inquietud; y aun para las otras, ¿qué produciria una inspeccion inquieta y molesta? No haria casi siempre sino irritarlas, hacerlas rebeldes, obligarlas acaso, para vengarse, á obrar menos bien de lo que pudieran haber hecho si se hubiera usado mas moderacion y reserva para con ellas.

Una maestra con importunas fatigas para sí misma y para las demás, no ganaria, por último, sino la desconfianza y el desprecio; pues siempre se juzga que hay pequeñez y flaqueza en ese humor pesaroso y lleno de sospecha, que todo alarma, que está pronto á espiar y á informarse, que se aplaude los pequeños artificios que emplea, que cree una materia de triunfo el descubrir en alguna algun defecto,

y es un motivo de alegría, lo que para la otra es de confusion. Un espíritu sólido nunca se descende á estas bajezas pueriles; observa lo que está á su alcance, y deja el conocimiento de lo demás, á Aquel que *ve en lo secreto*. Jamás confunde una vigilancia religiosa con una mezquina inquietud ó una maligna curiosidad; sigue el consejo de San Bernardo, que quiere que se sepa abrir y cerrar los ojos convenientemente: *Que haya muchas cosas que se ignoren, que haya muchas que se disimulen, y algunas que se olviden como si nunca se hubieran conocido*. Una maestra debe pesar bien este útil consejo de un gran santo, y de un hombre consumado en el arte religioso.

CAPITULO II.

DE LOS CONOCIMIENTOS NECESARIOS A UNA MAESTRA DE NOVICIAS, Y DE LA INSTRUCCION QUE DEBE DAR A SUS HIJAS.

Velad sobre vos mismo y sobre la instruccion de aquellos que se os han confiado, escribia San Pablo á Timoteo; que esta sea vuestra ocupacion continua; cumpliendo este

5

que el conocimiento de éstas es indispensable á la salud; 2.º porque es la base de la santidad y de la perfeccion cristiana, y todo edifi-